

LUIS BELTRÁN GUERRERO

Tema: “Biografía e Historia”.  
(Las Metáforas del Positivismo).

2 de abril de 1964

*Señores Académicos:*

*Señoras:*

*Señores:*

Al invitarme a compartir vuestros coloquios, sabíais que sumabais solamente una presencia dispuesta a escuchar y aprender, por único mérito, el anhelo de servir a los intereses espirituales permanentes de la nación. Quiso un hado benigno encaminar mis pasos desde la adolescencia a esta docta Casa, y de consiguiente, proporcionarme el privilegio de conocer y tratar a casi todos sus ilustres miembros en la época contemporánea. El doctor Vicente Dávila enviaba al estudiante de secundaria en la caldeada provincia, el Boletín del Archivo Nacional que dirigía, el de este Instituto, y sus propios libros; al llegar a esta capital me acogieron generosamente, gracias a la presentación de Don Cecilio Zubillaga Perera, el Director de la Biblioteca Nacional, Don José Eustaquio Machado y el doctor Vicente Lecuna, quien, junto con Caracciolo Parra-León y Jesús Arocha Moreno, suscribirán el Veredicto de mi tesis de bachillerato *El 19 de Abril de 1810*, lejano ensayo que movió a escribir a Don Laureano Vallenilla Lanz carta para el autor tan aleccionadora como estimulante. Transcurrieron mis estudios de Derecho bajo la mirada rectoral del doctor P. D. Rodríguez Rivero; y fue el doctor Juan José Mendoza, arquetipo de sabiduría, modestia y rectitud, mi iniciador en el conocimiento de las Instituciones Romanas. Redacté comentarios bibliográficos y sueltos de última página en *El Nuevo Diario*, cuando lo dirigió el maestro Gil Fortoul, a quien tantas nobles incitaciones adeudo. De los González Guiñan, Arcaya y Sánchez, autoridades de la historiografía, la sociología y la bibliografía, conservo dedicatorias autógrafas, preciosa huella de deferencia. Trabajé al lado de Don Luis Correa, y él me acercó a sus íntimos D. Luis Alberto Sucre y D. Rufino Blanco Fombona. El fundente regional me unió al doctor Antonio Álamo, sagaz, conciliador y ecléctico Director de esta Academia en repetidas ocasiones. Muchas veces fui a los cinematógrafos más para disfrutar con el encuentro aparentemente fortuito de Eloy G. González que con el propio espectáculo. De Monseñor Navarro guardo letras de perenne recuerdo; y con Pedro Emilio Coll, Santiago Key-Ayala, Cristóbal Benítez y Mario Briceño-Iragorry fueron frecuentes las

charlas de aprendizaje y devoción.

Bien poco he correspondido a la enaltecida confianza de vuestros antecesores, lo que no fue óbice para que votaseis en mi obsequio, más atentos como parecéis a percibir la solidaridad de las generaciones en el tiempo, en virtud del sentimiento de Patria, que el parco haber del recipiendario. Subraya el exceso de vuestra benevolencia, tan comprometedor cuanto infundada el señalamiento del sillón letra "G", inicialmente ocupado por Martín J. Sanabria creador de la escuela federal gratuita y obligatoria, sin la cual la democracia mal podría renovar sus dirigentes desde su propio y pródigo seno popular-después por Andrés Mata, el gran fundador de *El Universal*, hogar y taller en donde durante casi siete lustros se han fraguado mi sensibilidad y mi pensamiento; y luego por Don César Zumeta (1863-1955), a quien tantos declarados nexos me aproximan.

Venezuela, en la expresión del antecesor, era

"aquel país que, por sobre todos los demás, abrió campo a la doctrina libertadora de las tierras del Sur y la armó con la espada de la victoria, atalaya del continente meridional celado del Océano por los restos de la Atlántida y primero en revelar al gran Almirante la costa firme de América; país en cuyo suelo la leyenda situó un tiempo El Dorado y señaló más tarde la historia las costumbres donde el mito forja los dioses. Venezuela, la que de su Caracas dio a Miranda, a Bolívar y tanta ofrenda más que, cual los Cristos bajo sus cruces, jadeó y flaqueó durante generaciones al peso del holocausto".

Siete líneas. ¿Podría dudarse de que quien las trazó es un artífice del estilo, de un único y propio estilo de expresión intransferible? Se pueden publicar libros tras libros, y no lograr un modo peculiar de manifestación literaria. Lo que todos sabemos de nuestro país está expresado en esas líneas con una belleza, una brevedad, una cadencia, un justo sentido del tropo, una eurytmia del período, que bastan para señalar a uno de los maestros de la prosa americana, a igual altura en su tiempo que Justo Sierra o Rodó, Martí o González Prada; sin la imitación arcaizante de Montalvo; con la incisiva fuerza de Juan Vicente González, castigado el despliegue romántico; con arte tan plástico y de tan armoniosa prestancia como Díaz Rodríguez, sin recargo de color ni filigrana. Si se quiere una muestra mayor, cambiemos esas siete líneas por siete párrafos: leamos la página titulada *Rictus*. Ha mirado el contemplador un busto de Voltaire y un retrato de León XIII, y advertido en las sonrisas de ambos cierta semejanza, de paso señalada en un escrito. Rubén Darío se alarmará. Ante el vate genial y escandalizado, Zumeta responde con esos párrafos sutiles y escépticos, en alarde lúdico de finas paradojas, en un castellano sin gorgueras, cintas ni encajes; dúctil, gráfico, conceptuoso, sustantivo y matizado, ausente de impresionismo pictórico, sustituidos paleta y pincel

por volumen y forma: volumen pequeño y blanca forma cincelada.

César Zumeta se llamó ese maestro de las letras nacionales. De humilde cuna, llegó a las más altas posiciones: Senador, Ministro de Estado, Plenipotenciario en Italia y Francia, Representante en la Sociedad de Naciones y Presidente de la Asamblea de la misma en 1930, año centenario de la muerte del Libertador. *Condestable* y *Alteza Serenísima* le titularon sus coetáneos.

Rebelde, revolucionario, dentro del credo liberal venezolano y cosmopolita aceptó las mayores audacias socialistas. Creyó que la Federación sería siempre un mito si no se fortalecía el Municipio, y para ello propuso, desde 1903, y lo reiteró en el Congreso de Municipalidades de 1911, un impuesto territorial que, al pasar sobre las clases acomodadas, criadores, agricultores y propietarios de fincas urbanas, arbitraría rentas a Distritos y Municipios, y permitiría disminuir los derechos de Aduana y relevar al Ejecutivo de la distribución del Situado. Repugnó las prácticas militares en las escuelas, y auspició las electorales. Soñó con la República, y por ella padeció destierros y cárceles. A la mitad del camino de la vida, que la suya fue casi centenaria, y ante el espectáculo de un país endeudado y bloqueado por potencias extranjeras, frente a la barbarie y miseria, saldo de las guerras intestinas, confió en la voluntad ordenadora que pudiese estancar la sangre, sanear, poblar, educar y crear ciudadanos, porque sin ellos no hay República. Había atacado todas las tiranías en América, denunciado los intentos por dividir a Venezuela en varias soberanías, promovido el bien público por medio de proyectos de colonización en Guayana o por la renovación de las normas legales, haciéndolas más acordes con nuestra índole y hábitos; y demostrado con creces su patriotismo, por cuya fuerza el lírico civilista se desdoblaba en sociólogo pragmático frente a la realidad que ansiaba superar.

Después de más de un cuarto de siglo de personalismo despótico, y destrozada la toga del repúblico, apenas le confortó el patriotismo salvaje que, si no había formado ciudadanos, cambiado el medio físico ni aumentado el capital humano; sin embargo, pagó deudas, terminó los caudillismos locales, cerró el ciclo de las contiendas fratricidas, suplantó por lo menos el caos por un orden, no ciertamente el reflejo del derecho ideal, apenas si fuerza conservadora de la existencia social.

La voz fuerte, liberal y liberadora de antes, no se volverá a oír. Durante ese largo silencio, apenas interrumpido por discursos protocolares, Zumeta no publica libro alguno. Su fama intelectual se desvanecía, entrando en la niebla de lo legendario. Martí, Rodó, Darío, lo habían exaltado. Key-Ayala y Blanco Fombona lo consideraron, en el albor del siglo, el primero de

nuestros estilistas. Su obra, dispersa, la ignoraban las nuevas generaciones. Llegamos a preguntarnos si esa fama, tan difundida un tiempo, era un simple mito.

Ahora sabemos que no. Los libros de Zumeta comienzan a publicarse. La hondura de su pensamiento, la elegancia de su decir, están ahí, en numerosos recortes, papeles, cartas, informes. No será una vasta arquitectura. Pero son los fragmentos que, al cabo, quedan de todas las obras, cuando el tiempo pasa y se hace necesaria la selección definitiva. Precisa simplemente aclarar que algunas páginas o párrafos de este pensador y artista durarán más que gruesos tomos de graves autores, tal la gracia avasalladora de la forma y la plenitud del concepto.

Hace setenta años, Zumeta inicia la transformación de nuestra crítica histórica, de ditirámica en racionalista, y señala el concepto y la misión del género biográfico: <sup>1</sup>

"La biografía de los hombres que han alcanzado proporciones históricas es la análisis de la influencia ejercida por ellos en el dominio en que culminaron. ¿Qué encontraron, qué dejaron? ¿Qué destruyeron, qué fundaron? Es eso lo que la crítica pregunta y eso lo que el biógrafo está obligado a responder. Ese trabajo no está hecho en Venezuela, ni siquiera respecto a Bolívar, Páez, Piar, Soublette, Falcón, Zamora, respecto a los fundadores de la república y de sus partidos. La obra de Larrazábal es un himno, no un estudio serio del Libertador, que resultará más grande cuando se le estudie como a hombre..."

La mano criolla había puesto coto sin que fuesen menester ajenos e interesados preceptos a la deificación del Héroe, proclamando su humanización, no su degradación, extremo en el cual confluyeron desde el exterior celosos nacionalistas y nostálgicos reaccionarios. Creía Zumeta en el Héroe, y si "el mito forja los dioses", cabe suponer que sólo en el terreno académico pudiera lograrse la humanización en aquellos casos singulares en los cuales sin el Héroe no existieran las soberanías continentales, ni la misma cultura occidental. De suprimirse los nombres de Alejandro, César, Napoleón, Bolívar, Europa hubiera sido persa y no griega; sin el crisol de medio milenio de imperio romano, no se hubiese perpetuado una cultura; ni los derechos del hombre se hubieran impuesto en Francia para difundirse en todas partes; ni estas patrias americanas, adultas ya para su autónoma dirección, hubiesen devuelto en energía creadora y creciente prole de gestas imprevisibles, el legado recibido. A menos que, aplicando la teoría biológica de la regulación

---

<sup>1</sup> En la nota crítica, dedicada en Hispanoamérica, 1894, al libro *Médicos Venezolanos* (1893) por el Dr. J. M. DE LOS RIOS; y en el comentario a la *Vida del Gran Mariscal de Ayacucho*, por el Dr. Laureano Villanueva,

evolutiva <sup>2</sup> al campo histórico, aceptemos la fácil sustitución de una célula por otra, de modo que por la fuerza de lo uno superpersonal, el papel determinante de aquellos hegemones habría encontrado sucedáneos de pareja significación. A tanto no se llegó entre nosotros.

El pensamiento de que la historia del mundo no es sino la de los grandes hombres es teoría de larga y renovada prosapia, ilustrada con los nombres de Carlyle, Nietzsche, Emerson, William James, Kurt Breysig, y en cuanto a nuestro país, hasta las fichas hemero-bibliográficas arrojan el dato estadístico y psicológico de que la figura y la acción individuales han servido de tema objetivo, muchísimo más que movimientos, cosas o ideas.<sup>3</sup> Con cautela hemos de andar en el uso de expresiones tales como *grande hombre, superhombre, genio, héroe, eminencia o representativo*, porque existen personajes que han gravitado poderosamente en el desarrollo de los acontecimientos pero a quienes sería a todas luces inapropiado atribuirles calificativo semejante. En 1846, la propaganda de *El Venezolano*, según Gil Fortoul, "despertó la conciencia nacional... y abrió la era de las luchas democráticas"; o, según Zumeta, "enfrentó la masa a la clase";<sup>4</sup> de donde surgen cinco años de guerra civil con su caudal de sangre y barbarie, tras la ilusión de libertades y derechos en lo legal, y de "adquisiciones de la lanza" en lo material, para lograr apenas reafirmar la igualdad social iniciada en la independencia y exaltada por el más antiguo folklor. Cualquiera fuese el balance de tal cambio histórico no por eso nos atreveríamos a llamar "grande hombre" a Antonio Leocadio Guzmán, aunque haya removido los cimientos de su época con la palanca de la palabra. La diferenciación entre *personaje histórico* y *grande hombre* se impone. Burckhardt nos reveló el misterio de la grandeza histórica, y desde entonces sabemos que ningún tirano ni destructor escalaron esa cima; que sin el grande hombre, al cual la fortaleza moral y la elevación de espíritu le son consustanciales, la historia del mundo o de una nación resultaría incompleta; y que no todas las épocas encuentran su grande hombre ni todas las grandes capacidades encuentran su época.<sup>5</sup>

Si el individuo es producto del medio social y agente a la vez de su transformación, todo hecho histórico reclama el ser considerado desde el doble punto de vista individual y social, de donde surge la importancia de la *masa* en la consideración histórica. La historia no es sólo la de los grandes hombres, la de los "constructores de los Estados Unidos", conforme a Murray Butler, sino

---

<sup>2</sup> Wilhelm Bauer, *Introducción al estudio de la Historia*. Véase allí la exposición de la doctrina de Hs. Driesch en *Wirklichkeitslehre*.

<sup>3</sup> Santiago Key-Ayala, *Series Hemero-bibliográficas* (Primera). Caracas. Tipografía Americana, 1933, págs XI-XII.

<sup>4</sup> César Zumeta, comentario al libro *El Hombre y la Historia*, por el Dr. Gil Fortoul, publicado en *El Revisor*. Caracas, 1896.

<sup>5</sup> Jaco Burckhardt, *Reflexiones sobre la Historia Universal*. Fondo de cultura Económica, 1943, cap. V.

también la del pueblo de los Estados Unidos, conforme a Mr. Pasquet. No es tampoco una yuxtaposición de biografías, como en la concepción de la historia literaria de Sainte-Beuve; o de la *Historia del Poder Civil en Colombia y Venezuela* según el intento desgraciadamente trunco de Juan Vicente González, el extraordinario biógrafo de José Félix Ribas. No son solamente los Reyes o los Presidentes de República quienes hacen la historia: detrás está el fenómeno social, las poderosas corrientes económicas, y cuanto ha transformado la historia, de simplemente política en *historia de la cultura* (Luis Vives es uno de los precursores de esta disciplina), en cuyos cerrados conjuntos valen por igual, como signos de apreciación, el tambor africano, el condimento asiático, o una escultura de barro. El elemento representativo, sin dejar de ser el resultado de condiciones materiales, sociales o biológicas, revestido de formas espirituales, se eleva a la jerarquía de alma del tiempo y de la cultura.

Un profesor de Columbia<sup>6</sup> ha distinguido recientemente entre el héroe de acción histórica y el héroe de pensamiento, y aún más, entre el héroe como *hombre-acontecimiento* y el héroe como *hombre que hace época*. El hombre-acontecimiento es cualquier hombre cuyas acciones guiaron los acontecimientos posteriores por un cauce muy diferente del que habrían seguido si esas acciones no hubieran ocurrido. El hombre que hace época es un hombre-acontecimiento cuyas acciones son consecuencia de una sobresaliente capacidad, voluntad y carácter más que de los accidentes circunstanciales. El hombre que hace época nada puede por sí solo, depende al principio de intereses de grupo o clase, de los cuales, logrado el triunfo, suele emanciparse. Si la conducción es indispensable en la vida social, siempre existirán conductores, llamados ahora "líderes". Siendo cada vez más plural el heroísmo, son menos brillantes sus arreos. Las individualidades poderosas muchas veces han sacrificado a la democracia, pero también fueron, en otras tantas ocasiones, necesarias para su supervivencia. El monismo de la concepción marxista encontró en el culto de la personalidad su válvula de escape. Cuando cada ciudadano participa de la determinación de la conducta colectiva, el ideal del héroe (aparte de los sabios, artistas y santos creadores de valores indisputables) se reduce a que cada quien cumpla con su trabajo y misión, contribuyendo al bienestar público. Papel del desadaptado social, sujeto al fracaso y al ridículo, sería el del anti-héroe.

Eduardo Meyer había anticipado<sup>7</sup> que entre las personalidades relevantes hay muy pocas que puedan considerarse como *grandes hombres*, esto es, individualidades cuyos pensamientos y hechos

---

<sup>6</sup> Sydney Hook, *El Héroe en la Historia*. Ediciones Galatea-Nueva Visión, Buenos Aires, 1958.

<sup>7</sup> Eduard Meyer, *El Historiador y la Historia Antigua*. Fondo de Cultura Económica. México, 1955. Capítulo inicial *Sobre la teoría y la metodología de la historia*.

absolutamente personales influyan creadoramente a través de los siglos; y, a la inversa, puede haber espíritus poderosísimos que no hayan adquirido el menor relieve histórico y de los cuales no tengamos siquiera la menor noticia. Para el antiguo Rector de Berlín, ningún texto indicaba tan certera y sabiamente la relación entre la personalidad y otros factores de la vida histórica, así como la función del historiador, como este párrafo de una carta del Mariscal de Campo Roon:

"He hecho en realidad muy poco, pues lo conseguido se debe en una casi totalidad, a la acción simultánea de diferentes tendencias y acciones, no pocas veces en pugna, como por lo demás suele ocurrir en todos los sucesos históricos. Construir acertadamente el paralelogramo de las fuerzas, partiendo para ello de la diagonal, es decir, de los hechos, que son los únicos que se conocen claramente, y deducir de aquí la naturaleza y el peso de las fuerzas y personas en acción: tal es la obra del genio histórico, que se revela exclusivamente en el modo de combinar los elementos, y no simplemente en el de compilarlos."

A la verdad, la mutación histórica no obedece exclusivamente al héroe ni a la masa. El eslabón dinámico que une la *masa* con el héroe es el *grupo, club, logia o asociación*. Tal el "descubrimiento" de Agustín Cochin,<sup>8</sup> que yo encuentro atisbado en Burckhardt.<sup>9</sup> Ni espontánea ni consentida unánimemente ha sido la Revolución Francesa. Creó el Cabildo nuestra emancipación, y el índice de Madariaga señaló al pueblo cómo debía pronunciarse. La Sociedad Patriótica hizo lo demás. Poco antes, Coro huyó ante Miranda, y muchos mantuanos que después le exaltarán, ofrecieron pagar por su cabeza. La masa fue monárquica antes que partidaria de las oligarquías criollas representadas en los Ayuntamientos. Ni la masa, ni el individuo. Cochin se burla de ese personaje anónimo y terrible: el "se": la epopeya del "Grand On". "*Se* ha visto a la realeza impotente... *se* produce indignación y *se* la vuelca..." ¿Quién es *se*, el *pueblo* o la *nación*, en los momentos convulsivos? Metáforas que ocultan la acción del grupo.

---

<sup>8</sup> Véase Antoine de Meaux, *Génesis de las Revoluciones*. Madrid, 1945.

<sup>9</sup> Jacob Burckhardt, *ob .cit.* cap. IV. *Las Crisis Históricas*, estampa: "Las grandes asambleas nacionales son los palenques oficiales de las crisis. Pero estas asambleas suelen envejecer muy rápidamente y son incompatibles con la existencia de los verdaderos poderosos (como hubo de subrayarlo Napoleón en 1815). El verdadero barómetro del poder está mas bien en los clubs y en las hetairías, que pueden formarse y transformarse en cada momento con arreglo al estado de cosas vigente y cuya característica es la falta de escrúpulos."

La historia es siempre biografía: de un ser o de una nación. Se ha intentado escribir la historia universal como una biografía del hombre,<sup>10</sup> a fin de formarse una opinión sobre su futuro, ya que los historiadores habían estudiado a los hombres, pero no al hombre. Señálase a la biografía como tipo historio-gráfico,<sup>11</sup> forma popular o subsidiaria de la historia, más literaria y popular cuanto más científica, erudita y minoritaria se hacía la aspiración de aquélla. Ranke, para quien los grandes hombres no son creadores de su tiempo pero tampoco sus criaturas,<sup>12</sup> observa que cuando Plutarco advierte que no se propone escribir historia sino biografía, pone el dedo en una de las principales dificultades con que tropieza tanto la narración histórica general como el relato biográfico. Ni el biógrafo puede olvidar las condiciones en que el biografado aparece y actúa; ni el historiador puede omitir las personalidades que imprimen su impulso a los sucesos. Hay quienes juzgan que lo general es más seguro que lo particular, y más fácil no engañarse al través de un proceso que con respecto a un personaje. Zumeta consigna:

"Compleja y grande es la obra del biógrafo. El fondo del cuadro es la historia de la época en que el personaje aparecerá y ha de ser descrita con tal verdad que se sienta el deseo y se reconozca la necesidad de que comparezca en ese escenario la luz que ha de disipar las sombras del paisaje. Delinease entonces la personalidad, se la mira avanzar demoliendo para construir sobre las ruinas de lo viejo el edificio del porvenir, y cuando el actor desaparece la escena ha cambiado y queda en pie la obra."

Historia y biografía no son simplemente tangentes, sino secantes. El hecho histórico-personalidad o acontecimiento- no sólo ha debido existir o acaecer y tener especial relieve, sino también haber dejado un *rastro*. Sin documentos no hay historia, pero conviene no erigir los medios en fines ni elevar a fetiche lo instrumental. Por idolatría al documento, se incurre en aquel vicio censurado por Mommsen, de sacar las cosas del olvido de lo manuscrito para sepultarlas en el olvido de lo impreso.<sup>13</sup> Individual en cuanto al tiempo, general en cuanto al espacio, el *hecho histórico* es irrepetible y se mide por sus efectos intelectuales. Tal fue la enseñanza de Xénopol.<sup>14</sup>

---

<sup>10</sup> Erich Kahler, *Historia Universal del Hombre*. Fondo de Cultura Económica. México, 1946, primera edición española.

<sup>11</sup> José Luis Romero, *Sobre la Biografía y la Historia*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1945

<sup>12</sup> Leopold Von Ranke, *Grandes Figuras de la Historia*. Biografías Ganesa. México, 1952.

<sup>13</sup> Referencia de Eugenio D'Ors, *Nuevo Glosario*, tomo III. Aguilar. Madrid, 1949.

<sup>14</sup> A. D. Xénopol, *Teoría de la Historia*. Trad. Esp. De Domingo Vaca. Madrid, Daniel Jorro, 1911.

Pero la historia no es un agregado de hechos, ni el hecho una entidad aislada del proceso, por lo cual el intuicionismo (Dilthey, Simmel, Tonnies, Spengler) tiende a suplantarse la noción del *hecho* por la del *suced*. Por ocuparse de lo particular, no experimentar ni formular leyes de validez universal, se negó a la historia el rango de ciencia. También el teórico rumano, obsesionado por la condición aristotélica sobre universalidad de la ciencia, y de consiguiente, en la necesidad de excluir la noción de *ley*, trató de sustituirla por la idea de *serie*, esto es, una vinculación por el lazo de *causalidad* del fenómeno. Unidos por tal vínculo se desarrollan los fenómenos al través de un proceso hasta culminar en un acontecimiento de cierta importancia que da nombre a la serie. La revolución de independencia, por caso. La ley es la condensación de todos los fenómenos de igual naturaleza en un fenómeno tipo que expresa la esencia de todos. La serie, liga acontecimientos mediante el vínculo de la *causalidad*, partiendo de un punto núcleo para llegar a un resultado denominador. La ley rompe el molde de los hechos de que se extrae; en la serie, no se destruyen los hechos que han servido para formarla, sólo después de estudiados pueden vincularse para ofrecer una explicación conjunta. La ley, generalizadora y abstracta; la serie, individualizadora y concreta, reflejándose en ella las fuerzas de la evolución, del medio y de la persona. *Evolución* es la palabra con que el positivismo substituyó el hoy resucitado término *desarrollo* de la historiografía romántica.

Si ha de buscarse la explicación de los hechos, hay sinonimia entre causa y explicación, asienta Meyerson.<sup>15</sup> No es ciertamente moderna la noción de *causa*. Desde la antigüedad los hombres inquirieron la razón de los acontecimientos; diferenciaron entre hechos y causas; entre causa y ocasión cual Tucídides; o entre principio, causa y ocasión, cual Polibio. La serie que, con respecto a la América Española se coronará en 1810 (ante la necesidad mental y pragmática de la periodificación, aunque se sepa que el suceder histórico no es explosivo como no lo son las acciones humanas) podría remontar sus orígenes bien lejanamente a la carta del Obispo Bastidas al Emperador Carlos en 1536,<sup>16</sup> cuando ya el sentimiento español repulsor de los Adelantados alemanes, por pretexto el virus luterano, revela vinculación telúrica y solidaridad étnica; luego, el intento monárquico del Negro Miguel en 1552, fermenta la insubordinación jira-jara en Nirgua durante tres cuartos de siglo; la carta de Lope de Aguirre (¿primer caudillo libertario de América?) al Rey en 1561, influye en los mulatos rebeldes de Nirgua, 1625;<sup>17</sup> Andresote en 1730-33; el motín

---

<sup>15</sup> Emilio Meyerson, *Identidad y Realidad*. Biblioteca Filosófica de Autores Españoles y Extranjeros. Edit. Reus. Madrid, 1929.

<sup>16</sup> Fray Pedro de Aguado, *Historia de Venezuela*, Publicaciones de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1918, tomo I, apéndice III, págs. 749 y siguientes.

<sup>17</sup> Luis Alberto Sucre, *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela*. Caracas, 1928, pág. 123.

de San Felipe, 1740; la rebelión de El Tocuyo, 1744; Juan Francisco de León (1749-52), cuando ya el isleño acriollado en lo espiritual —cual Francisco Martín hasta envijarse la propia epidermis y preferir la vida en el bohío indiano antes que el regreso a los suyos—, siente oír "una voz", la de la patria naciente; el movimiento de los Comuneros de El Socorro, detenido en La Mesa de Esnujaque, 1781; la insurrección de los negros y mestizos de Coro en 1795; Gual y España en 1797; el motín de Maracaibo en 1799; las expediciones del Precursor en 1806, la tentativa de marzo de 1810; todos hitos cronológicos —unos, movimientos de masas; otros, simples motines— de la serie emancipación hispanoamericana dentro de la configuración geográfica que será después Venezuela. Pero "toda historia debe ser historia universal y sólo en relación con la historia entera es posible el tratamiento histórico de una materia en particular", afirmaba un gran romántico, Federico Schlegel, y a los románticos de aquí o de allá hay que reivindicarlos de cuanto incomprensivamente le imputaron los positivistas. Las ideas más que las acciones forman otra serie decisiva: la tradición autonómica del Ayuntamiento; las revoluciones angloamericana y francesa, con cuanta doctrina las respalda; las justificaciones contra la realeza injusta, de los teólogos del siglo XVI; la Pragmática de Libre Comercio de 1778, que trae nueva vida al comercio hispanoamericano, vigorizando la masa burguesa de la sociedad colonial, desde entonces preeminente. Esa "burguesía", con perdón del anacronismo traslaticio, permite el ascenso en categoría social y económica de los comerciantes, por lo cual estos nuevos optimates podrán enviar sus hijos a estudiar a Europa, de ahí que seglares y sacerdotes, blancos y pardos enaltecidos, promotores de la independencia, deriven su actitud del contacto cultural, directo o indirecto, con el contorno universal. Principios y causas que, concatenándose, al rescoldo del natural sentimiento de rechazo al absolutismo, van presionando la formación del clima que hizo posible, inevitable luego, la revolución. Había cambiado el estado de espíritu continental, y la revolución no es sino la mutación de un estado de conciencia. La *ocasión, motivo o causa inmediata* no tardó en presentarse con la invasión napoleónica en la Península, y la consiguiente repercusión, en Caracas, Buenos Aires, Bogotá, México, La Asunción, Quito. Las causas lejanas informan de las condiciones generales; las inmediatas se vinculan a un acto de voluntad, personal o colectivo, porque se produce en un momento determinado y precipita los hechos.

Complejos son los procesos históricos. A menudo entre antecedente y consecuente media un vano interrogador o se interpone lo inesperado. De la *causalidad* enhebrada con inteligencia, por faltar un hilo en la trama hemos pasado a la *casualidad*. Varía bruscamente el panorama. El río se

oculta bajo tierra como el Mocapra de nuestros llanos, y en el desconcierto llegamos a sospechar que en tal o cual suceso ha intervenido el *azar*, diosencillo que, según el matemático Poincaré,<sup>18</sup> se descubre cuando pequeñas causas producen grandes efectos.

El material histórico, las fuentes (documentos, monumentos, restos, tradiciones orales o escritas) solicitan el examen para alcanzar la *verdad histórica*, verdad dinámica y no estática, porque nuevos materiales pueden reconducir a una distinta interpretación. Por ejemplo, el concepto sobre la Compañía Guipuzcoana forzosamente tenía que revisarse después de la identificación de la *historia* de Andrés Bello y principalmente luego de la publicación del Boletín del Archivo Nacional que contiene la documentación hasta entonces inédita sobre la oposición de las provincias de Caracas y Maracaibo a la Real Compañía.<sup>19</sup>

El conocimiento de las fuentes constituye la Heurística, y para hallar por casualidad o buscando, hay que tener buen olfato conforme al dual sentido de las raíces griegas, y conviene además andar más desconfiado que crédulo, siendo así que muchas de las ingenuidades de Herodoto, Padre de la Historia, y aun las de nuestro Fray Pedro Simón, suelen resultar aparentes. El material obtenido se somete a doble crítica: externa o de autenticidad; interna o de veracidad. Langlois y Seignobos,<sup>20</sup> distinguen una *crítica de sinceridad* destinada a determinar si el autor del documento no ha mentado, y una *crítica de exactitud* destinada a determinar si no se ha equivocado, criterio de fecunda aplicación entre nosotros.

Los hechos pasados se ven siempre desde un presente, y su comprensión varía no sólo por la formación, criterio y tendencias del historiador, sino también porque cambia el punto desde el cual se sitúa, tal y como las *Ninfeas* de Monet son las mismas y distintas según el lugar y el momento de observación. ¿Qué es en definitiva la historia sino el preguntarnos a dónde vamos y de dónde venimos? ¡Poesía, filosofía, historia! Si la historia es una reconstrucción del pasado, no basta la más copiosa erudición para que sea vida de hoy la que ayer dejó de ser; requiérese del poder recreador del poeta, del sentido selectivo del artista, junto a la capacidad de exégesis, porque en la historia, como en la vida, tanto vale recordar como olvidar. De mil fichas, bastarán cien, diez acaso, tal vez una, pero todas han sido útiles para lograr la familiaridad mental con el pasado, fortalecedora de la

---

<sup>18</sup> Henri Poincaré, *Ciencia y Método*. Col. Austral, cap. IV. *El Azar*, pág. 55. Ver *La historia como conocimiento de la "fortuito" y las ideas de A. Cournot al respecto*, en Enrico De Michelis, *El Problema de las Ciencias Históricas*. Edit. Nova, Buenos Aires, 1948.

<sup>19</sup> Boletín del Archivo Nacional, tomo XXII, nov. Y dic. De 1937, núm. 85.

<sup>20</sup> V. Langlois y C. Signobos, *Introducción a los Estudios Históricos*. Biblioteca Científico-Filosófica. Madrid, Daniel Jorro, 1913, cap. VII, pág. 179. Una exposición más moderna sobre la crítica histórica puede verse en Paul Harsin, *Comment on Ecrit l'Histoire*. Georges Thone. Ed. Liège, 1949.

intuición.

La participación del *sentimiento* y de la *fantasía*, facultades románticas por excelencia, no está prohibida en la historia como parecieron suponerlo los positivistas.<sup>21</sup> Si el suceder no descansa sobre fundamentos exclusivamente racionales, mal podía reducirse a lo racional la intelección histórica. Con la fantasía asociadora que completa nuestras percepciones, si en definitiva el juicio gobierna las demás facultades, escribió González sus mejores páginas, romántico escolar como era; y tampoco faltó el sentimiento ni la fantasía a Baralt, clasicista escolar como fue. De esas obras de creación, jamás podrá decirse que están superadas, porque no se trata de productos de la técnica cuyos modelos cambian cada año. Al arte no lo dañan las meras rectificaciones de datos y referencias, y si es más hondo el cambio de los fundamentos, se tratará simplemente de que se corrobore el dinamismo de la verdad histórica. Poder de adivinación y don de relacionar se exigirán siempre al historiador, quien si no disfruta de tales dones, será, como le calificó Guillermo de Humboldt, un "funcionario subalterno de la historia". Si el hombre es el protagonista de la historia, y cuerpo y alma componen al hombre, ninguna interpretación mecanicista bastará a mostrarnos el misterio de la historia, como tampoco nos ha descubierto nada del misterio del hombre.

Zumeta unificaba *historia* y *biografía*, y entendía ésta como retrato de un personaje, porque habla de que "el fondo del cuadro ha de ser la historia de la época". Dentro de ese criterio fueron escritas las biografías de Parra-Pérez, tanto el *Miranda* como el *Marino*, en donde aquellas vidas singulares son un pretexto para la exposición exhaustiva de una etapa histórica, lo cual, según Meyer<sup>22</sup> no sería biografía propiamente dicha sino historia, porque el objeto de la biografía es la personalidad de que se trata, considerada de por sí y en su totalidad, y no como factor históricamente relevante: el que lo haya sido constituye simplemente una premisa. La biografía contendría pormenores relacionados con la naturaleza, manifestaciones, vida exterior e interior del héroe, de los que no puede ocuparse el historiador. Alfonso Reyes,<sup>23</sup> dentro de esta corriente, concluye, al hablar de la biografía: "Género comparable al retrato, es arte y también documento. Histórico por el giro mental, pero prendido por su asunto, a las vidas particulares, como la literatura".

Quienes mantengan de la historia una idea exclusivista y dogmática, considerándola sólo como ciencia sujeta a legalidad, separarán la *historia* de la *biografía*. Pero si se acepta que la historia es

---

<sup>21</sup> Wilhelm Bauer, *ob. cit.*, cap. IV. *Los fundamentos psíquicos de la investigación histórica*, págs. 114-117.

<sup>22</sup> Eduard Meyer, *ob. y cap. cit.*

<sup>23</sup> Alfonso Reyes, *El Deslinde*. Fondo de Cultura Económica. México, 1944.

*ciencia y arte* a un tiempo; que la meta del historiador como la del biógrafo ha de ser la verdad;<sup>24</sup> que ni personalidades ni personas se pueden extraer de los procesos vitales ni los procesos de los individuos; que el conocimiento del mundo y de los hombres es, en definitiva, el mejor instrumento para penetrar el pasado; que la historia no es psicología, pero, como suma de saberes, la integra; quienes así pensamos seguiremos teniendo a la biografía como tipo historiográfico; aún más, si el mayor trofeo de la historia es el conocimiento del hombre, la biografía y mayormente la *autobiografía* acercarán más que la propia historia a este ideal de autognosis. Narcisismo socrático, la historia.

Demás está referirse a la distinción entre *novela histórica*, categoría literaria autónoma que alcanzó con Walter Scott su cabal desarrollo, e *historia novelada*, que no es novela ni historia, híbrido en el cual se abusa de la imaginación y de la psicología para lograr un público que la historia llamada "científica" ha perdido. Reiteradamente ha condenado Huizinga <sup>25</sup> este tipo de biografía ornada, citando el nombre de Ludwig en su censura, precisamente el del autor que escribirá una biografía del Libertador. Ludwig está muy distante, desde luego, de Lytton Strachey, renovador del "género", quien respaldó el dinamismo y amenidad de sus obras por una estricta sujeción a la verdad, sin suplir lagunas del conocimiento por presunciones psicológicas de hechos y actitudes. Aun siendo la historia ciencia y arte, y la biografía, arte y ciencia, han de ser escritas ambas con método no simplemente literario, sino histórico, esto es, el anhelo de autenticidad debe presidir la creación, y ofrecerse, espontáneo, "el deseo sincero y profundo de descubrir cómo algo concreto *sucedió en realidad o qué conexión presenta*".<sup>26</sup>

Si hemos de censurar la biografía novelada, reflexionemos que su éxito indica a la historia el rumbo de la vida demarcado por los clásicos. La historia no puede ser enjutamente ciencia, en el sentido anquilosado de mera investigación, el mismo por el cual se habla hoy de una "ciencia

---

<sup>24</sup> Ya para Luciano, el único deber del historiador era el de narrar con veracidad los hechos. En la realidad es poco menos que imposible encontrar un historiador "imparcial", si para serlo se necesita no ser de ningún país, de ningún sistema político, de ningún partido religioso. La entrega a la historia, como a toda ciencia, ha de ser incondicional, presidida por el único y noble anhelo de la verdad asequible. Porque la moderna teoría del conocimiento haya probado lo inevitable de un elemento subjetivo en todo juicio, ello no autoriza a prescindir de la norma de la verdad, ni siquiera para contentarse con la verosimilitud, menos para erigir como tipo una historia nacionalista sobre el cimiento de la subjetividad e intuición. Si el principio falso de toda historia consiste en que, para concebir y valorar el pretérito, partimos por fuerza, no de sus propios supuestos sino de nuestros peculiares ideales (véase Guillermo Worringer, Introducción a *La Esencia del Estilo Gótico*); por sobre cuanta humana debilidad o dificultad técnica amenace la pureza de la verdad histórica, el ideal de apresarla ha de ser siempre norte y luz del historiador.

<sup>25</sup> J. Huizinga, *Sobre el Estado Actual de la Ciencia Histórica*.

<sup>26</sup> J. Huizinga, *El Concepto de la Historia y Otros Ensayos*, F. C. E. México, 1946, pág. 42.

literaria". No por eso la literatura va a secar sus fuentes, y poner por sobre una pieza de Ibsen o una fábula de Lafontaine, alguna monografía universitaria.

La biografía de la biografía desde antes de Plutarco, *está* hecha por los especialistas, y no es el caso de insistir en ella.<sup>27</sup> América nace a la luz del renacimiento ofreciendo en la conquista el espectáculo más vivo de grandes y apasionantes figuras: Colón, Cortés, Pizarro, Lope de Aguirre. Sin embargo, observa Arciniegas,<sup>28</sup> no se escribió una sola biografía sino historia, porque "el paisaje, la selva, la aventura multitudinaria se devora al personaje". Para el ensayista, América es un problema, un ensayo de nuevo mundo, y por tanto, del conflicto entre *biografía* y *ensayo*, triunfa el ensayo. No tenemos biografías condignas de nuestros héroes o personajes históricos (excepción, en lo contemporáneo, de los *Lope de Aguirre* de Uslar Pietri y Casto Fulgencio López, del *Guzmán* de Díaz Sánchez y de los *Miranda* de Nucete Sardí y Picón Salas, siendo de esperar con lúcida fe el *Bolívar* de Mijares), ahora como hace setenta años, cuando Zumeta señaló la falta. Pero América no es sólo ensayo; ni novela sin novelistas, ni cantera de biografías vitales sin biógrafos en quienes encarnar. Cuando la historia vuelva por sus fueros, a ser investigación a la vez que relato, ciencia y arte, verdad y fantasía, no creadora como en el poeta sino combinadora, entonces América, y con ella Venezuela, ofrecerá una historia y una biografía seductoras y verídicas, que atraigan a los lectores al espejo del pasado, tanto en los procesos como en las individualidades, a fin de comprendernos mejor en el hoy, y adquirir, acaso, la posibilidad de advertir, radar espiritual, el inmediato futuro.<sup>29</sup>

*Señores Académicos:*

La historia de la palabra historia es ya una definición. Ni Herodoto ni Tucídides se ocuparon en definir la Historia, acaso porque las definiciones sólo sirven para los que ya saben, lo que excusa el que pase ante vosotros, de la consideración de un texto de Zumeta sobre la *biografía*, al análisis de

---

<sup>27</sup> Ezequiel, César Ortigas, *Historia de la Biografía*. El Ateneo, Buenos Aires, 1945.

<sup>28</sup> Germán Arciniegas, Carlos Alberto Floria, Salvador Cruz, *Tres Ensayos sobre Nuestra América*. Biblioteca "Cuadernos". París.

<sup>29</sup> Sobre el tema *Historia y Profecía*, ver *Razón y Sinrazón*. Caracas, 1954, pág. 165. Sobre *Historicismo y Anti-Historicismo*, ver *Anteo*. Caracas, 1952. Sobre la autognosis histórica ver *Historia; Narcisismo Socrático, Candideces* (primera serie), págs. 7-9. También en *Candideces* (tercera serie), se pueden leer otras páginas afines: *Valor de la Profecía, Utilidad de la Historia, Las Generaciones, Don Benedicto o El Liberalismo*, etc. Todos, libros del recipiendario. Podría agregarse el trabajo *Introducción al Positivismo Venezolano* (1956), que formará parte del libro, próximo a aparecer, *Perpetua Heredad*.

otro texto de Gil Fortoul, su contemporáneo, sobre la *historia*. Hay tantas definiciones de la historia como orientaciones de pensamiento. Vosotros habéis ejercitado vuestro oficio en la dedicación a las disciplinas históricas, como lo hace el Occidente desde hace veinticinco siglos, sin preocuparos de definiciones. El mejor camino: laborar; y que surja de la propia obra la definición. Permitid, sin embargo, a un antiguo profesor de *Teoría de la Historia* recordar lo profesado en aulas.

He aquí el texto de Gil Fortoul: <sup>30</sup>

"La historia es genero extraordinariamente difícil y complejo. Es ciencia y arte, o literatura, a un tiempo. Ciencia, con los mismos títulos y por iguales razones que las demás ciencias: estudio que allega materiales minuciosos para clasificarlos, y luego describir y compendiar, apuntar hipótesis, hacer conjeturas momentáneas, señalar causas, asentar conclusiones, formular leyes de evolución, sistematizar, revivir el pasado, ambiente, hombres, sucesos, explicar el presente y echar una que otra mirada al porvenir. ¿Preténdese con todo eso haber descubierto y escrito la verdad? A veces se acierta, otras veces se llega a una verdad que pudiera llamarse, según algunos sabios, provisional, o según otros, verdad cómoda. Y arte, porque no es posible escribir historia legible o duradera sin emplear un estilo que atraiga y captive, que la distinga de la simple crónica de sucesos más o menos encadenados o de la pura colección de documentos. Por ambos motivos, la historia no se acaba nunca de escribir, y también porque en esto como en todo hay modas: el criterio, el método, la preparación, los puntos de vista van sucesivamente cambiando, tanto, que los mismos hechos y los mismos personajes suelen aparecer con aspecto y fisonomía diferentes según fueren la época y el historiador... Tampoco la historia ha de ser tribunal, ni juez ni parte el historiador..."

Ciencia y arte a un tiempo, como para Ranke y Croce, es la historia para Gil Fortoul. La triple tarea que la historia comporta en su multívoca significación, está ahí. Descripción o *historiografía*; explicación o *historiología*; valoración o *historiosofía*. Tanto Zumeta como Gil, gracias a sus modos de pensar flexibles y antidogmáticos, han podido liberarse en gran parte de los conceptos naturalistas con que el positivismo sembró el pensamiento moderno, con metáforas que se creían realidades, en tanto se menospreciaba la fantasía y el sentimiento. *Razas, leyes, evolución, causas, herencia, degeneración, imitación, clima*, se nombran muchos de esos conceptos de los que tanto nos ha costado desligarnos. Todavía Ortega y Gasset, tan orgulloso de sus "ideas del siglo XX", define la historia como "el sistema de las experiencias humanas que forman una *cadena* inexorable y única". La historia comprende ese triple problema, y por ello, historia significa mucho más que historiografía, pues identificarlas equivaldría a confundir los hechos realizados con la historia de esos mismos hechos.<sup>31</sup> La historiología explica el pasado, y cree que en sus entrañas, como los antiguos arúspices en las de las aves, puede leerse el porvenir. Si los acontecimientos como fenómenos singulares no se repiten, sin embargo, los hechos pueden

---

<sup>30</sup> José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*. Prefacio de la segunda edición, 1930. Parra León Hermanos.

<sup>31</sup> Benedetto Croce, *Teoría e Historia de la Historiografía*. Ediciones Imán. Buenos Aires, 1953.

parecerse entre sí. Si *la historia se repite*, la historia sería, desde luego, la mejor maestra de la vida, y válido aún el concepto de Cicerón,<sup>32</sup> transmitido a todas las generaciones. De creencia pseudocientífica o de realismo ingenuo se ha calificado el apotegma sobre la repetición de la historia, tantas veces negado por los corifeos de modernísimas tendencias. La única maestra de la vida es la vida misma, se ha dicho, para negar el casi axioma; pero podría en su abono responderse que si la historia es el recuerdo de la vida, o la vida misma pensada al través de las huellas del suceder —porque todo conocimiento histórico es indirecto— siempre sería aleccionadora la historia. Ciertamente que no se puedan pedir lecciones casuísticas a la historia, la gimnasia en que nos entrena es de sabiduría, y con los sentidos así adiestrados, bien podemos enfrentarnos con mejores armas al presente y al porvenir, todo ello aparte de la posibilidad de la *profecía* (sin la cual Ortega y Gasset no justifica la historia) a corto plazo y válidos de la estadística para los hechos sociales, dentro de un sano probabilismo. Toynbee ha renovado la creencia en la repetición de la historia<sup>33</sup> y cuantos aceptan la concepción cíclica están en mayor o menor grado admitiendo el socorrido y discutido proverbio. Para ciertas tendencias historicistas, cada hecho histórico es único y singular, pero comparable.

Cometido propio de la historiografía es fijar el sentido y valor de la historia, de la que el hombre es no sólo actor sino espectador.<sup>34</sup> La historia si no es propiamente un *tribunal*, tiene forzosamente que juzgar de los hechos y sus gestores, y al hacerlo, se convierte en tarea axiológica. Si no crea valores, ha de referirse a ellos. La realización de esos valores es la razón final de la historia. Juzgamos *sub specie temporis*, esto es, históricamente, de acuerdo con una ética, con una cultura, que como superación de la naturaleza y guía de la misma, proviene de un pensar *sub specie aeternitatis*. Una fuerte corriente espiritualista contemporánea,<sup>35</sup> conciliadora de la fe y de la *ciencia* (Mohler, New-man, Tyrrell, Loisy, Blondel) cree que "los valores religiosos son históricos, y que la misma Revelación no es un hecho único y localizado en el tiempo, sino una manifestación progresiva y eterna del absoluto a través de la historia de los hombres".

Si el hombre es el protagonista de la historia, y este protagonista es una simbiosis de materia y

---

<sup>32</sup> Cicerón, *De Oratore*, II, IX, 36.

<sup>33</sup> Ver *Deux Philosophies Opportunistes de l'Histoire, de Spengler a Toynbee* en *Combats pour l'Histoire*. Librairie Armand Colin. París, 1953. Su autor, Lucien Febvre, señala que la afirmación implícita que se desprende de la obra de Toynbee, aunque él no la formula, pero se siente detrás de todas las páginas de su libro, es: "la historia se repite". Sí, se repite, en la medida que expresaba el viejo bibliotecario del Shah agonizante: "Mi príncipe, los hombres nacen, aman y mueren..."

<sup>34</sup> Juan Zaragüeta Bencolea, lección 28, núms. 166-170, de la edición, completa por él, de la *Introducción a la Filosofía*, de Manuel García Morente. Espasa. Madrid, 1943.

<sup>35</sup> Carlos M. Rama, *Teoría de la Historia*. Editorial Nova. Buenos Aires, 1959, cap. X, *Corrientes Antihistoricistas*,

espíritu, mal podrían someterse los hechos espirituales a rígidas normas mecánicas. Posee el hombre el libre arbitrio, y por lo tanto, la historia "como obra del hombre, del intelecto y voluntad humanos" ha de liberarse "de la servidumbre impuesta por el arbitrio extramundano y por la ciega necesidad natural",<sup>36</sup> por donde entramos en la *historia humanística*. Mas urge adelantar que el humanismo no ha de recaer en los extremos del antropocentrismo, porque si "los hechos humanos del pasado" (Henry Beer) y "lo que la humanidad sabe de sí misma" (Droysen) son definiciones de la historia, su autor y responsable es el hombre, y el hombre ha sido hecho.

Tres vías nos conducirán a la justificación científica de la historia, sin renegar de su forma artística, y entendiendo que forma y fondo sólo pueden dialécticamente separarse: *la vía filológica, la escolástica y la lógica*.

La palabra *historia* nos viene resonando en un hexámetro de Hornero:<sup>37</sup>

ἵπορα δ' Ἀτρείδην Ἀγαμέμνονα ζείομεν ἄμφω

Celebrábanse los juegos en honor de Patroclo. Ocurre una disputa entre Idomeneo y Ayante de Oileo, porque Idomeneo dice divisar a Diomedes Tidida en su carro, y no las yeguas de Eumelo. "Apostemos un trípode y una caldera, y nombremos arbitro (*hístora*) al Atrida Agamenón, para que manifieste cuáles son las yeguas que vieron delante, y tú lo aprenderás perdiendo la apuesta", propuso Idomeneo. Por donde se esclarece el prístino sentido de la palabra historia. Inquirir la verdad de los hechos y juzgar de ellos como arbitro, esa la función del historiador. Juzgar de acuerdo con una escala de valores: honor, nacionalidad, justicia, bien, libertad. Semejantes *buscadores de verdad* se encuentran en todos los pueblos semibárbaros, dice Shotwell, y agrega,<sup>38</sup> que el *quaestor* romano convirtió el oficio en magistratura; que la busca de la verdad no se limita a la administración de justicia, y se puede indagar también en los oráculos. Con el último de los grandes historiadores griegos, Polibio, el término *historia* viene a significar relato y no simplemente *indagación*.

Como investigación, la historia es ciencia en un sentido genérico. Sí el Padre del Positivismo no la incluyó en su clasificación de las ciencias, entre nosotros los epígonos del positivismo la consideraron exclusivamente como ciencia y juzgaban el problema de su calificación definitivamente

---

<sup>36</sup> Benedetto Croce, *ob. cit.* Cap. VI, *La Humanidad en la Historia*.

<sup>37</sup> Homero, *Iliada*, XXIII, 486.

<sup>38</sup> J. T. Shotwell, *Historia de la Historia en el Mundo Antiguo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1940. Tercera parte, cap. XIII.

resuelto.<sup>39</sup> La ciencia averigua cosas, y en este sentido la historia lo es.<sup>40</sup> Como investigación, la historia es ciencia, pero como narración es también arte.

*Scientia est cognitio rei per causas*, es definición escolástica. La historia no sólo ha de ser ciencia por el procedimiento y la observación, sino porque aspira a cerciorarse de los hechos, comprenderlos, explicarlos en sus antecedentes y consecuentes. No estudia las últimas causas como la Filosofía; ni la Causa Primera como la Teología; pero sí las causas inmediatas, al modo de otras disciplinas. Pero ¿cuál sería el término de esta sucesión de eslabones? La explicación causal ha sufrido muchos embates. Cree Huizinga<sup>41</sup> en la restauración de la vieja distinción aristotélico-escolástica entre la causa material, la eficiente y la final. El crecimiento histórico no representa nunca o rara vez "una evidencia deducida de una causalidad rigurosa y cerrada. Es siempre una manera subjetiva de entender una conexión de hechos". Aquello del encadenamiento causal era una metáfora que propone sustituir con otra: *un manojo de flores del campo*.

"Cada nuevo momento histórico que se comprende, diferente y desigual en cuanto a su valor como lo son siempre los hechos históricos sueltos, es, una vez que se enlaza con la concepción de un complejo histórico, como cada nueva flor que se descubre y se añade al manojo: hace cambiar el aspecto de todo el ramillete."

"Formular leyes de evolución" dice la, por otra parte, magistral definición de Gil Fortoul. Tanto el concepto de *evolución* como el de *ley —metáforas, metáforas—* han sufrido profundas rectificaciones. Nadie pretende hablar de leyes con rigor matemático en las ciencias históricas. Hoy podemos afirmar que:<sup>42</sup>

"1. °, el conocimiento científico no es siempre un conocimiento de leyes; de manera que hay otros modos de aproximarse cognoscitivamente a la realidad que no se sirve de aquéllas; 2. °, que en la misma ciencia natural el valor de éstas no es unívoco ni general, y 3. °, que podemos, incluso, hablar de leyes que no respondan al esquema de legalidad de la física clásica."

---

<sup>39</sup> Laureano Ballenilla Lanz, *Críticas de Sinceridad y Exactitud*, segunda edición. Tip. Garrido. Caracas, 1956, pág. 144.

<sup>40</sup> R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*. Fondo de Cultura Económica. México, 1952.

<sup>41</sup> J. Huizinga, *El Concepto de la Historia y Otros Ensayos*, *ob. cit.*, págs. 35-36.

<sup>42</sup> José Antonio Maravall, *Teoría del Saber Histórico*. Revista de Occidente. Madrid, 1958, cap. IV, pág. 134.

Recordemos la terrible confesión de Meyer:<sup>43</sup>

"En mis largos años de investigación como historiador no he descubierto una sola ley histórica ni he encontrado un descubrimiento de éstos en ningún otro investigador dedicado a los mismos estudios."

El concepto de *evolución* tiene hoy un valor muy relativo y limitado. *Sin evolución no hay historia, pero la historia no es evolución.* Toda concepción organicista es metafórica, con la grandeza y servidumbre de la metáfora. La noción de *organismo* ha sido suplantada por la de *estructura* en la teoría histórica moderna: Dilthey, Freyer, Manheim, la han dilucidado ampliamente. No una relación de *causa* sino de *situación* es la que vincula los hechos entre sí en conjuntos cuyos componentes se encuentran íntimamente enlazados. El evolucionismo de Darwin, Spencer y Wundt explica el progreso con regularidad causal mecánica, y por tanto, necesario. Quien cree en leyes de evolución forzosa ha de aceptar la idea del *progreso*, o de la mayor y continua perfección del género humano, como Turgot en su *Discurso* de 1750. Así como no existe encadenamiento causal sin solución de continuidad en el pasado, y se acentúa constantemente la idea de la *discontinuidad* histórica, tampoco el progreso moral o material es imperativo... Amable ilusión de otra época. Más lento el progreso moral, cada generación no supera indefectiblemente a la anterior. Si la naturaleza no da saltos, la historia sí los da. Desgraciadamente algunos son mortales y no siempre hacia adelante.

El progreso humano se corresponde con un nuevo tipo de evolución propio del hombre, sostiene Julián Huxley: <sup>44</sup>

"La transmisión por vía de tradición de una experiencia organizada que supera y perfecciona definitivamente el proceso automático de la selección natural en tanto que factor de transformación."

Vierkandt, expone: <sup>45</sup>

"Querer justificar la idea de progreso por la experiencia histórica, será también sólo posible mediante generalizaciones precipitadas; la fuerza impulsora también reside siempre en convicciones religiosas o metafísicas. La ciencia no puede ya hoy en día seguir aferrada al concepto de progreso, ni aun cuando se admitieran regresiones parciales y aunque se viera en éstas, preparativos para nuevos progresos, formulación ésta en la cual todavía Wundt considera la idea de progreso un postulado fundado éticamente. Prescindiendo totalmente de la cuestión referente a

---

<sup>43</sup> Eduard Meyer, *ob. cit.*, pág. 25. El cap. II, *Las leyes de la Historia*, de la obra de De Michelis, antes citada, ofrece interesantes sugerencias.

<sup>44</sup> Julian Huxley, *Evolution. The Modern Synthesis*. Londres, 1942; *Evolution in action*. Londres, 1953. Refs. de Maravall, *ob. Cit.*

<sup>45</sup> Alfredo Vierkandt, *Filosofía de la Sociedad y de la Historia*. La Plata, Rep. Argentina, 1934, págs 125, 126 y 217.

la medida de valores, debemos contar no sólo con frecuentes altibajos en el pasado, aun en las mismas culturas inferiores, sino también con la posibilidad de que la Humanidad en conjunto decline nuevamente luego de haber alcanzado un punto máximo, idea a la que nos acerca ya la perspectiva de una extinción de la Humanidad. Dentro de una sola cultura o de un círculo homogéneo de cultura, tenemos que tratar de hallar un rendimiento efectivo de la vida histórica y con ello un acrecentamiento de los valores, al menos en ciertos dominios de la vida, tarea que para nuestra propia cultura posee, a la vez, una importancia eminentemente ética. Pero también aquí cabe siempre esperar regresiones y disminuciones de valores,"

Ni Astronomía, ni Medicina, ni Física, ni Química fueron en otro tiempo ciencias; fueron Astrología, Brujería o Magia, Alquimia apenas. Como la razón llegó a ser una diosa, se quería que la historia fuese ciencia, aunque su dominio era el conocimiento de lo particular; se forzaba a que la historia luciese el traje de ciencia, aun cuando no podía experimentar. Comte señaló a la sociología como cima de las ciencias. De ahí vienen tantas confusiones entre la *sociología* y la *historia*, y sobre todo la dependencia de la historia con respecto a la sociología, cuyas pretensiones imperialistas han sido sensatamente abandonadas. La sociología hoy se limita a la "sociedad presente, en tren de hacerse, en estado de lucha, de efervescencia y creación" conforme a Georges Gurvich, Profesor de la materia en la Sorbona.<sup>46</sup>

La historia durante el positivismo fue relegada al plano de Cenicienta; porque quienes pretendían hacer de ella una ciencia natural, la deformaban; y ellos querían que fuese ciencia, tal y como entonces se entendía este concepto. Hasta que Rickert<sup>47</sup> pensó que hay ciencias que no se proponen establecer leyes naturales ni se preocupan en absoluto de formar conceptos universales, y éstas son las ciencias históricas, que aspiran a expresar la realidad, constantemente individual en su individualidad. Frente a la *ciencia natural* elevó el concepto de *ciencia cultural*, no tampoco *ciencias del espíritu*, por la deficiencia de la denominación. Por tanto, para una *lógica* que se proponga entender las ciencias y no dominarlas, la opinión de Aristóteles resultaba falsa. Luego la historia sí podía considerarse ciencia, pero ciencia cultural, muy de distinto modo que las ciencias naturales. Que la historia sea ciencia cultural, ni implica que no pueda ser arte al propio tiempo, ni menos que se erija en categoría de ciencia, porque se tenga al arte como menos seguro

---

<sup>46</sup> Sobre la distinción entre historia y sociología, anota Enrique de Gandía en su *Introducción al Estudio del Conocimiento Histórico* (pág. 21): "Es preciso hacer una profunda distinción entre sociología e historiosofía o verdadera historia. La primera estudia la posición del hombre en la sociedad; la segunda, el porqué de los movimientos del hombre. A la sociología le interesa la forma en que un hombre es considerado por otro; a la historia las causas que se desprenden de la vida de los hombres." Consúltese León E. Halkin, Prof. De la Universidad de Lieja, en *Critique Historique*. Liège, 1953, cap. final, pág. 202.

<sup>47</sup> H. Rickert, *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*. Col. Austral. Buenos Aires-México.

que la ciencia, o en cierto modo inferior. Como si los profesores o tratadistas de psicología fuesen superiores a Shakespeare o Dostoyewski,

No olvidemos que Bacon clasificó a las ciencias según las facultades. La historia se refiere a la memoria, la poesía a la imaginación y la filosofía a la razón. Dividía la historia en civil, sagrada y natural. De la razón se producían las ciencias propiamente tales: teología natural, ciencia de la naturaleza y ciencias del hombre. Para el filósofo mexicano Antonio Caso,<sup>48</sup> la historia "no es ciencia, arte ni filosofía, sino historia; es decir, un *conocimiento irreductible, sui generis*, con tanto derecho a existir autónomo como los demás que fueren, positivamente, individuales o irreductibles". Yo creo igualmente en la autonomía del conocimiento histórico, pero esto no excluye su convivencia, para mayor riqueza del contenido, con los resultados de otras disciplinas. Profeso una *idea acumulativa y no reductiva de la historia*: la historia comprende las tres facultades, y es un saber que participa de la ciencia y de la filosofía por la razón y el método de observación, análisis y síntesis; y a la vez es arte por el sentimiento y la imaginación, sofrenados ambos por la verdad de los hechos investigados; se relaciona a la memoria, como alma del recuerdo"; y al juicio, por referirse a valores.

Si el hombre es el protagonista de la historia, anhela justamente conocerse a sí mismo, interpretando su propia impronta. Si el hombre es la medida de todas las cosas, con él por instrumento hemos de conocer la realidad y algo más: su trascendencia. La primera versión historicista del *conócete a ti mismo*, la encuentra Eugenio Imaz<sup>49</sup> en Vico, el genial autor de la *Ciencia Nueva*:

"Efectivamente, con Vico aparece por primera vez, con plena conciencia, lo que pudiéramos apreciar como consideración historicista de la problemática filosófica. Habla Vico de que hasta él, la filosofía ha sido siempre una teología natural y que ya ha llegado el momento de que se convierta en una teología civil. Es el giro de 90 grados que él lleva a cabo. En vez de meta-física lo que hay que hacer es meta-historia. La verdad última, que busca la filosofía, no se puede encontrar reflexionando radicalmente sobre el mundo físico, que no es radicalmente cognoscible, sino sobre el mundo humano: el mundo histórico".

La vieja Clío, a la que unas veces se negó jerarquía científica y otras se obligó a ser ciencia natural, revestida hoy de todos los atributos de la ciencia, y otros que acreditan su validez conceptual, parecida que está en actitud de esperar que caiga sobre sus sienes la corona de reina del conocimiento. Benedetto Croce, antipositivista al principio, antimetafísico después, en sus últimas

---

<sup>48</sup> Antonio Caso, *El Concepto de la Historia Universal y la Filosofía de los Valores*. México. Ediciones Bota, 1953.

<sup>49</sup> Eugenio Imaz, *Luz en la Caverna*, F. C. E. México, 1951, pág. 51

concepciones llegó a considerar la *historia* como un grado más maduro que la *filosofía*, y afirma que la verdadera filosofía no debe ser la sistemática y metafísica, sino una forma fija y concreta de historia, una *historia pensada*.<sup>50</sup>

*Señores Académicos:*

*Señoras: Señores:*

Mi amor por la historia explica mi presencia aquí. Así como el medioevo consagró la fórmula *Philosophia ancilla Theologiae*, permitidme afirmar que no está lejano el día en que se proclame una nueva fórmula: *Philosophia ancilla Historiae*. Y si los poetas ven la última realidad, quienes hemos dado también testimonio de amar a la poesía, nos consolamos de que las metáforas hayan servido para el conocimiento temporal y relativo de la realidad histórica, que es la realidad humana. ¡Poesía, filosofía, historia! *¿A dónde vamos y de dónde venimos?*

---

<sup>50</sup> Gerardo Marone, Prólogo de la *Aesthetica in Nuce* de Venedetto Croce.